

**JORNADA DE HISTORIA EN HONOR
A LA MADRE CANDELARIA DE SAN JOSÉ**

**Conferencia dictada en la Jornada de Historia en honor a la
Madre Candelaria de San José .**

Colegio María Auxiliadora – 23 de abril de 2008

**LA MUJER EN LA RESTAURACIÓN
DE LA IGLESIA VENEZOLANA**
(NOTAS A PROPÓSITO DE CANDELARIA DE SAN JOSÉ)

Prof. Tomás Straka*

Abstract

The present article proposes a reflection on the type of Church that was forged in Venezuela along the 20th century, especially from the process of Restoration, which begins about 1890, with base in the tracks that throw the Venezuelans' last beatifications. The fact that they are persons associated with religious, fundamentally feminine congregations; and above developed as product of the spontaneous decision of lay that wanted to give a response to the big problems of the country, it is considered to be an interpretive key on a vernacular form of Catholicism, which eventually turns out to be successful.

Keywords: *History of the Church, Venezuela - religious feminine Life, Venezuela - Mother Candelaria of San Jose.*

Mujeres modernas, a modo de introducción

Dieciséis venezolanos están rumbo a los altares¹. Siete son mujeres. Dos mujeres más ya han conseguido llegar. El dato es revelador de una de las características más notables, como menos atendidas, de uno de los procesos fundamentales en la conformación de la modernidad venezolana: el de la activa

*Profesor **Tomás Straka** Investigador del Instituto de Investigaciones Históricas "Hermann González Oropeza, sj" de la Universidad Católica Andrés Bello (Caracas) en la que también dirige sus maestrías en Historia. Autor entre otros, de *La voz de los vencidos, ideas del partido realista de Caracas, 1810-1821*; y *Un reino para este mundo, catolicismo y republicano en Venezuela*.

¹ Carlos José Faigl, "El parto que atendió Candelaria", *El Nacional*, Caracas, 27 de abril de 2008, Ciudadanos 1.

participación de la mujer en la Restauración de la Iglesia venezolana.

En efecto, las beatas María de San José (1875-1960) y Candelaria de San José (1863-1940); los venerables José Gregorio Hernández (1862-1919) y Emilia de San José, la tan querida “Madre Emilia” (1858-1893); y las madres Georgina Febres Cordero (1861-1925), Marcelina de San José (1874-1959) y Carmen Rendiles (1903-1977), junto a las laicas María Guerrero (1885-1972) y Adelia Fontana de Calvani (1919-1986), que en casi todos los casos actuaron a través del *entresiglo* y la primera mitad del siglo XX, representan, además de vidas heroicas según los parámetros de la Iglesia Católica, el signo de un tiempo que se abrió entonces y que se proyecta hacia lo que, vistas las cosas desde hoy (escribimos en 2008), probablemente sean las líneas matrices del porvenir.

En primer lugar, hicieron aportes sustantivos a la Restauración de la Iglesia, proceso que puede entenderse (por mucho que ni sus portavoces, ni mucho menos sus oponentes, así lo hayan concebido), como un capítulo poco estudiado de la consolidación del Estado moderno y en general de la modernización de la sociedad; en segundo lugar, se trata de mujeres, lo que ciertamente hubiera sorprendido bastante a los sacerdotes que en 1904 echaron las bases de esa Restauración con una teología integrista, francamente conservadora, que entre otras cosas ahogaba el *modernismo* imperante un par de décadas antes²; ellas, que no tuvieron contradicciones esenciales con lo establecido por el episcopado y el Vaticano, con su vida, sin embargo, anunciaron un nuevo tipo de iglesia en la que el laicado y las congregaciones femeninas van a ir teniendo cada vez más protagonismo. Empalmado con esto, en tercer lugar, es posible intuir algo más específico en aquellas mujeres; algo que va más allá de su sola *santidad* y que tiene una connotación sociocultural: el de un nuevo tipo de mujer que entonces comienza a hacerse notar, y que a mediados de la década de 1930 termina de erupcionar: el de la mujer que participa en lo público, es emprendedora, crea instituciones, piensa, escribe, elabora proyectos y los ejecuta. En suma, el de la mujer, digamos, “liberada”. Esa mujer que en el seno de la vida consagrada aparece con toda su fuerza por primera vez.

² Véase: *Equipo de Reflexión Teológica, Pensamiento teológico en Venezuela IV: siglo XX, Curso Cristianismo Hoy 14*, Caracas, Centro Gumilla, 1981; y Tomás Straka, *Un reino para este mundo. Catolicismo y republicanismo en Venezuela*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2006, pp. 109-160

La Restauración como modernización

No poco de atrevimiento puede tener la afirmación que titula este acápite. Antes que nada, la Restauración, entendida, sobre todo a raíz de la revisión de la historia eclesiástica emprendida por la Teología de la Liberación y el marxismo, como el proceso en el que la Iglesia Católica recuperó parte del poder social, económico y político perdido después de la Independencia, entre finales del siglo XIX e inicios del XX; fue siempre entendida por los sacerdotes que la llevaron adelante como una “restauración de la cristiandad”, es decir, como parte del esfuerzo *restauracionista* que emprende el Congreso de Viena en 1815, y que quiso revertir, hasta donde le fuera posible, los cambios desatados por el vendaval de la Revolución Francesa y de las guerras napoleónicas. Es decir, por la modernidad³. La resurrección que entonces se da de los dominios temporales del Papa eran, *debían ser*, para muchos, el primer paso para una resurrección más general de la cristiandad. Aunque ni eso fue posible, ni los regímenes monárquicos “restaurados” lograron sobrevivir mucho más allá de la Primavera de los Pueblos de 1848, la Iglesia no sólo mantuvo su postura, sino que la fue radicalizando con la unidad italiana y la absorción de los Estados pontificios en 1870, así como por las políticas desclericalizadoras que los liberales emprenden en todo el mundo entonces, con algunos casos muy notables como la *Kulturkampf* de Bismarck o las reformas de Antonio Guzmán Blanco en Venezuela. Los *syllabus* de 1865 y de 1907, que de forma general condenan a toda la modernidad, y la teología integrista que nace a su sombra, son una respuesta a esta situación: acosada por lo que interpreta como una vasta conspiración contra el cristianismo, se reconcentra sobre sí misma y su tradición.

¿Cómo, entonces, la Restauración pudo ayudar a modernizar? Básicamente por tres razones, unas asociadas al proceso global de la Iglesia, y otras específicamente a Venezuela:

En el proceso global: no todo fue “retroceso”; de hecho la Iglesia tiene entonces un renacimiento y una expansión importante en el mundo. Ello vino, para generalizar, por tres causas: por el Renacimiento Misional, que en parte aprovechando la expansión de Europa gracias al imperialismo, llevó a la Iglesia a territorios hasta entonces insospechados de Asia y África, con algunos casos

³ Véase: José Virtuoso, sj, “Prólogo” a Rubén Peñalver, *La obra de Monseñor Petropaoli en el marco del proceso de Restauración de la Iglesia Católica Venezolana (1913-1917)*, Caracas, UCAB, 2000, pp. 5-10

muy exitosos de conversiones masivas, como el de Indochina. Así, con morriones y cascos de corcho como los de los soldados de los ejércitos imperialistas, a veces, hay que admitirlo, siguiéndolos; y con sotanas blancas que emulaban a los uniformes kakis que se irían imponiendo para el trópico, muchas congregaciones se reorganizan, u otras se fundan, para llevar la Palabra cada día más lejos. Lo que, además, hace renacer un mística y hasta una espiritualidad que se había ido diluyendo en Europa. Francia, como país católico, e incluso defensor del papado, en el momento de su gran expansión colonial a mediados del siglo XIX, se pone a la cabeza del proceso⁴.

No obstante, y este es el segundo punto, una expansión todavía más espectacular es la que se da en territorios blancos y protestantes, como Gran Bretaña y los Estados Unidos. En ambos países, su propia desclericalización llevó a la paulatina suspensión de las leyes segregacionistas con los católicos, permitiendo que muchos que lo eran de forma oculta revelaran su fe, o que se suscitara muchas conversiones, algunas tan espectaculares como las del Cardenal John Henry Newmann (1801-1890), a lo que hay que sumar, en el caso de los Estados Unidos, la gran inmigración irlandesa que pobló de católicos a regiones tradicionalmente protestantes de la Costa Este. Pero esto obligó a una renovación –y tal es nuestro tercer punto- de índole intelectual: la necesidad de estructurar un mensaje cada vez más depurado, para enfrentarse a los protestantes o las corrientes del pensamiento científico y moderno; así como la presencia de una feligresía burguesa y cada vez más educada en el mundo anglosajón, Francia, los Países Bajos y Europa Central, llevó a un renacimiento académico que tiene su gran expresión en la universidades católicas que se fundan entonces. Estatizadas y secularizadas durante la era napoleónica las antiguas, estas nuevas instituciones de la Iglesia, serán la semilla de un clero y

⁴“Las misiones fueron favorecidas por la creación de diversas órdenes o sociedades: Oblatas de María Inmaculada (1816), por Mons. de Mazenod, Sociedad de María (1816), por Juan Claudio Colin, Sacerdotes del Espíritu Santo (1848), Sociedad de las Misiones Africanas de Lyon (1854), por Mons. de Marion Brésillac, Padres Blancos (1869), por Mons. Lavigerie, arzobispo de Argel. Añadamos a estas congregaciones la obra de la Propagación de la Fe fundada en Luyon por Paulina Jaricot, para recaudar fondos destinados a las misiones, la Obra de la Santa Infancia, creada en 1843, la Obra Apostólica en 1838, etc., y la Unión Misionera del Clero, originaria de Italia. En 1900 se contaban seis mil ciento seis sacerdotes misioneros, de los cuales cuatro mil quinientos eran franceses. En 1933, once mil ciento ochenta y uno de los cuales tres mil tres mil trescientos noventa y tres eran franceses (...) En África, de quinientos mil hacia 1800, el número de fieles pasó a siete millones. En Asia, después de 1900, de tres a ocho millones...”, Jean-Baptiste Duroselle, *Historia del catolicismo*, México, Editorial Diana, 1965, p. 119

de un laicado cada vez más culto⁵. El Cardenal Newmann, en esto, tuvo no poco influjo con sus discursos compilados en 1852 en el tomo *Idea de Universidad*⁶.

Las mujeres de la Restauración

Pues bien, cuando el Estado venezolano le abre las puertas a las congregaciones religiosas, expulsadas como lo habían sido las masculinas desde 1824 (aunque con unos amagos de retorno en la década de los cuarenta) y las femeninas desde 1874, va entonces a encontrarse con una Iglesia de una musculatura muy tonificada, tanto para emprender el reto misional que se le asignó, como para el educativo, científico y cultural que pronto desempeñaría. Ahora bien, ¿por qué un Estado dominado por lo que llamaba la Revolución Liberal, orgulloso de ser progresista y de haber extrañado en dos ocasiones a sus obispos, por godos y ultramontanos; que acaba de hacer un conjunto impresionante de reformas desclericalizadoras⁷, desde 1888 llama a las congregaciones de vuelta? Porque pareció entender muy bien la utilidad de los cambios que la Iglesia estaba dando. Así, por la tradición colonial de unión de Iglesia y Estado, entonces refrendada por un patronato, que si bien la primera no admitía como válido, el segundo ejecutaba, y por el cual el clero era algo así

⁵ “Después de la Revolución Francesa las universidades estatales ejercieron el dominio sobre las de la Iglesia en materia de organización académica, métodos de enseñanza y doctrinas. Muchas facultades de teología fueron eliminadas en Francia e Italia, y las que sobrevivieron quedaron dominadas por los organismos del Estado. La libertad eclesiástica de enseñar quedó limitada y la influencia de las ciencias ‘profanas’ o naturales se hizo más notoria y fuerte. Esto obligó a la Iglesia a fundar sus propios centros para el estudio de la Filosofía y de la Teología en los países latinos donde la enseñanza era claramente secularizada, o en los anglosajones, configurados por confesiones religiosas distintas al catolicismo. De modo que, junto al sistema estatal o protestante, se dio nueva vida a unas cuantas universidades católicas como la de Lovaina (1834-1835); el Instituto Católico de Francia (1875) y la de Friburgo en Suiza...”, Agustín Moreno, *La universidad de ayer y hoy*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2005, p. 54

⁶ Véase: José Rodríguez Iturbe, “Jhon Henry Newman y el *intellectus fidei*”, *Luces y sombras en la crisis de la modernidad y la posmodernidad*, Caracas, s/n, 1999, pp. 45-74.

⁷ Bajo el dominio de Antonio Guzmán Blanco, entre 1870 y 1888, no sólo se toman medidas de gran resonancia, como la expulsión del arzobispo de Caracas y del obispo de Mérida, sino también se toman otras más estructurales como la secularización de los cementerios, de la identidad (con el registro civil), de la familia (con el matrimonio civil) e incluso de la formación sacerdotal, cuando se suprimen los seminarios y se asigna esta función a la Universidad Central, que de paso se reforma bajo los parámetros de la Universidad Napoleónica.

como parte de su burocracia y la institución un brazo de su organigrama⁸; el crecimiento y consolidación del Estado para garantizar el orden y control de la sociedad, gran meta de las elites venezolanas en el siglo XIX y en las primeras cuatro décadas del XX, pasaba por el robustecimiento de ese brazo: el ejemplo más claro es el del control del territorio, entonces con las fronteras en disputas con Colombia pero sobre todo con Gran Bretaña...¿cómo poblarlas y protegerlas? Trayendo misioneros, como se hizo con los capuchinos en 1893. Es una clara reutilización de una medida que ya le había sido muy exitosa al Estado castellano en la colonia, precisamente para combatir a los ingleses, que ahora su heredero como “Patrono” de la Iglesia vuelve a aplicar.

En segundo lugar, por las oportunidades que ofrecía la Iglesia para la modernización de la sociedad. La traída de las tarbesianas para la administración del Hospital Vargas de Caracas, en 1888, centro nodal de las grandes reformas médicas que se inician en aquella época; o la de los salesianos en 1894 para abrir una escuela técnica, o los jesuitas para elevar los estudios del seminario en 1916⁹, marcan el inicio de un proceso por el que la Iglesia ayudará a conformar un nuevo sistema educativo y de salud. Ciertamente que quedaría pálido ante la expansión que después, con el petróleo, tendrá el creado por el Estado; que, especialmente en lo educativo, por mucho tiempo su labor se restringirá básicamente a las elites; o que en la cabeza de los religiosos esto fue visto, antes que nada, como una oportunidad para reconquistar a Venezuela para la cristiandad, o al menos para hacer unos bolsones de la misma en lo que el P. Wagner Suárez, sj, ha llamado la “institucionalidad paralela”¹⁰; ciertamente que todo eso fue así, pero no por ello puede minusvalorarse el impacto que tuvo

⁸Sobre el Patronato, véase: Pedro Leturia, sj, *Relaciones entre la Santa Sede e Hispanoamérica*, tres tomos, Roma/Caracas, 1959; José Rodríguez Iturbe, *Iglesia y Estado en Venezuela (1824-1964)*, Caracas, UCV, 1968; Hermann González Oropeza, sj, *Iglesia y Estado en Venezuela*, Caracas, UCAB, 1997, y *La liberación de la Iglesia venezolana del patronato*, Caracas, Ediciones Paulinas, 1988; José Humberto Quintero, *El convenio con la Santa Sede*, Caracas, Editorial Arte, 1976; Ramón Oliva Sala, *El patronato, el concordato, el convenio con la Santa Sede*, Caracas, Trípole, 1989; Jesús María Pellín *Disquisitio juridico-critica relationarum actualium inter Ecclesium et Statum Venezuelensem, Romae, Officum Libros Catholici*, 1958; y Carlos Sánchez Espejo, *El Patronato en Venezuela*, Caracas, s/n, 1955.

⁹ Véase: Hermann Goznález Oropeza, sj; y Rafael Carías, sj: “El Seminario de Caracas y los jesuitas”, *Montalbán*, No. 23, 1991, pp. 15-34.

¹⁰ Wagner Rafael Suárez, sj, *Mario Briceño Iragorry, en el proceso de Restauración de la Iglesia venezolana*, Caracas, s/n, 1991, pp. 119-121.

hasta la década de 1940, incluso formando una elite política e intelectual de gran impacto en la Venezuela moderna.

Ahora bien, en el marco de este proceso, ¿por qué las congregaciones femeninas, en un momento en el que la Iglesia aún guardaba grandes reservas sobre los talentos y las posibilidades de la mujer, fueron las que produjeron, a cien, a ochenta años, los nombres más notables? O, dicho de otro modo: ¿por qué la Restauración ha producido fundamentalmente heroínas y no héroes? Veamos qué nos dicen los casos que están en los altares o cerca de ellos:

Antes que nada, formaron congregaciones venezolanas, por mucho que luego las incorporaran a grandes órdenes, como pasa con la Hermanitas de los Pobres de Altagracia de Orituco, las fundadas por la Hermana Candelaria de San José, que son agregadas a la familia carmelita; por mucho, pues, que eso haya sido así, nuestra hipótesis es que el hecho de que hayan brotado de la realidad y catolicismo venezolanos, habla de un vinculación con la tierra, la gente y sus problemas, mucho más estrecha que la que podía tener una congregación masculina formada por extranjeros. La anécdota de la Madre Candelaria invocando al Libertador —que “conquistaban la Patria terrenal”, mientras ellas lo hacían con la “celestial”— para seguir adelante en un viaje muy fatigoso¹¹, es elocuente de esa venezolanidad que en el catolicismo y el bolivarianismo ha estructurado su pensamiento ético y político, según Luis Castro Leiva¹². Eso, probablemente, les dio también más libertad para desarrollar sus proyectos, más autonomía para tomar decisiones y atender aquello que identificaban como más urgente en la sociedad.

Pero, entonces, ¿por qué, al menos en esos primeros y fundamentales momentos, no se formaron congregaciones masculinas venezolanas? Tal vez

¹¹En un viaje a lomo de bestia, por los llanos hacia Ciudad Bolívar, en 1916, nos cuenta la Hna. María de Lourdes, que andaba con ella: “llegó un día en que forzosamente, por ser hora avanzada, tuvimos que tender nuestras tiendas de peregrinas en plenos bancos de sabana. Caí rendida ante el peso de mi naturaleza cansada, y aquella santa mujer no durmió, viendo mi sueño, rezando toda la noche el santo rosario, y cuando la aurora nos sorprendió, al día siguiente, forzosamente teníamos que proseguir nuestro camino; entonces se me ocurrió objetarle a aquella alma de apóstol: ‘Madre, estas giras podían hacerlas los Libertadores de nuestra Patria, no dos pobres mujeres y el pobre peoncito que nos acompaña’. Madre Candelaria me respondió: ‘Hermana, nuestros Libertadores conquistaban la Patria terrenal, nosotros conquistamos nuestra Patria Celestial’.”, citada por Verónica De Sousa, fsp, *Madre Candelaria de San José. Fuerza y ternura de Dios*, Caracas, Ediciones Paulinas, 2008, p. 51.

¹² Cfr. Luis Castro Leiva, *Sed buenos ciudadanos*, Caracas, IUSI/Alfadil, 1999, p. 58.

porque en Venezuela la piedad religiosa era “cosa de mujeres”, sobre todo para las elites liberales, que veían en eso una prueba más de su inferioridad mental; y hasta un poco por el clero, que aprovechó esa piedad permitida en la mujer y mal vista en el hombre, salvo que se tratara de ciertas cónfradas de cargadores de santos o de diablos danzantes, para de alguna manera mantener viva la fe. No en vano detrás de casi todas estas heroínas está el consejo de un padre espiritual –Sixto Sosa, el Padre Machado, etc.–, no sólo como expresión de que eso debía ser así, sino también porque la relación de las mujeres con el clero era estrecha y frecuente, según todo lo indica. Es decir, indistintamente de las congregaciones, o incluso antes de ellas, la maltrecha Iglesia venezolana ya había logrado sobrevivir fundamentalmente gracias a las mujeres, que mantenían la llama viva en cada hogar. La Restauración lo que permitió fue que muchas muchachas encontraran una forma sistemática e institucionalizada de llevar adelante esta tradición.

Una forma venezolana de iglesia, a modo de conclusión

Se trata de un itinerario que se repite varias veces en el entresiglo XIX-XX. Mujeres emprendedoras que deciden hacer algo ante los grandes problemas del país, se organizan y ya con una obra iniciada, o al menos con su proyecto, finalmente solicitan el derecho de vestir hábitos. Era aún una sociedad en la que las mujeres, por su cuenta, no podían hacer demasiado en la sociedad civil, salvo que se tratase de congregaciones religiosas. Si no hubiesen habido otras razones piadosas y éticas, ésta seguramente habría bastado para hacerlas entrar en religión. A partir de ese momento hay una etapa de desarrollo como muy vernáculas “hermanitas de los pobres” o “de la caridad”; finalmente terminan siendo agregadas a una orden universal, dentro del intento de la Iglesia de estructurar el gran florecimiento de congregaciones que se experimenta entonces. Con algunas o todas estas etapas, así pasa con la Asociación de Señoritas, que crean la Madre Emilia Chapellín y el P. Santiago Machado, para atender enfermos a domicilio en 1888, y que después de fundar un hospital en Maiquetía se transforma en la primera congregación venezolana: las “Hermanitas de los Pobres de Maiquetía” (1889); más o menos pasa con las Hermanas de los Pobres de Maracay, después agregada a la orden agustina, que funda María de San José, que también fueron un grupo de señoritas dedicadas al cuidado de un hospital en Maracay, en 1893, antes de tomar hábito; con las Hermanas de la Caridad de Santa Rosa de Lima, que funda Georgina Febres Cordero en 1900, también rumbo a los altares, y que después serían incorporadas a las dominicas; con las

Hermanas Lourdistas de Villa de Cura, en 1909, que habían comenzado como unas catequistas voluntarias a principios de siglo (las “Jardineras de la Virgen”); y pasa con las Hermanitas de los Pobres de Altagracia de Orituco, luego incorporadas a las carmelitas en 1903¹³.

Un hecho que sacude a la Venezuela de los albores del siglo XX, la Revolución Libertadora, demuestra hasta dónde era honda la vinculación entre esa suerte de emprendimiento social femenino con los grandes males y vaivenes del país. La instalación del hospital de La Victoria en 1902, por ejemplo, por las hermanas de Maracay, se debió a la necesidad de un centro para atender a los heridos de los diversos combates que se desarrollan en la zona, y que a finales de año se convierten en una batalla campal¹⁴. Otro tanto pasa en Altagracia de Orituco. Es por la cantidad de heridos y enfermos que deja la guerra por la ciudad –y que nos da un cuadro muy vivo de lo que representó, en términos de sufrimiento cotidiano, el drama de nuestras guerras civiles- que Susana Paz Castillo (la futura Hermana Candelaria) se dio a la tarea, con otras señoritas, de organizarse para ayudar y finalmente fundar, con el P. Sixto Sosa, un hospital.

Las guerras civiles, los enfermos, la iniciativa de las mujeres, inicialmente un grupo de laicas piadosas, y el catolicismo como latitud ética para asumir compromisos sociales, representan el conjunto de un tipo de Iglesia enraizada en la tierra, forjada desde abajo y abocada a los problemas más urgentes de su comunidad, como un camino, eso sí, para llegar a la “patria celestial”. ¿No fueron entonces aquellas *monjitas*, aquellas hermanitas de los pobres de Maiquetía, de Maracay, de todas partes, el antecedente de una iglesia que a inicios del siglo XXI todavía pugna por salir? El tiempo lo dirá, aunque las primeras evidencias parecen confirmarlo. El hecho de que las estén elevando a los altares algo nos dice al respecto. Que aquellas *monjitas* del entresiglo, hoy beatas de inicios del siglo XXI, sin quererlo; con paciencia y muchos obstáculos, estaban iniciando una revolución.

¹³ Para una información de las congregaciones femeninas venezolanas, véase: Juana B. Páez, S.Smo.S., *La vida religiosa en Venezuela*, Caracas, Unión de Superiores Generales de Venezuela, 1998.

¹⁴ Cfr. Víctor Pérez, *Mare María de San José. Entre la cruz y la eucaristía*, Caracas, Ediciones Trípode, 1995.